

otro que la «razón crítica», y recibir su aliento vital de la resistencia a todo lo que en la sociedad actual se presenta como «justificación» de lo que hay. Crítica a los complejos culturales y pseudoculturales que cumplen su función tranquilizadora, integradora de las fuerzas sociales para que las relaciones de poder y dominio sigan y se perpetúen. La liberación del ser humano pasa por esta «ilustración» de la razón que ve, más allá de los intereses ocultos, la verdad de las cosas.

Una mirada por el mundo de la ética

José-María Andreu Celma

Estas breves reflexiones pretenden una doble finalidad: ofrecer una visión panorámica sobre las reflexiones éticas actuales y, de manera especial, animar al lector a proseguir con lecturas y estudios personales su formación ética. Muchos puntos interesantes son sugeridos sin poder tratarlos con profundidad.

Tomando el pulso a nuestra sociedad detectamos con facilidad una preocupación ética. Síntomas de esta inquietud son la denuncia del vacío moral en muchas personas, la toma de conciencia de los graves problemas que acucian hoy a la humanidad y como retos del presente postulan respuestas éticas para no sumirnos en la barbarie y la publicación de libros sobre cuestiones éticas de toda índole: Invitaciones a la ética, Historias de la ética, Exposiciones de la ética contemporánea, Reflexiones sobre los problemas éticos más candentes, etc.

Durante mucho tiempo la ética quedó relegada al olvido. El vacío moral actual es el resultado de un largo proceso que arranca del inicio de la modernidad. Con el proyecto epistémico cartesiano la moral no podía superar su condición de moral provisional. El proceso iniciado por Descartes favoreció un desarrollo monolítico de la modernidad bajo el paradigma exclusivo de la ciencia. Desde los comienzos de la modernidad la teoría siempre tuvo pretensiones hegemónicas sobre la praxis. De esta manera la razón en vez de dar a cada hombre su puesto en el cosmos los ha dejado a la intemperie pues la vida personal y social no puede explicarse adecuadamente por principios pragmáticos. La expansión del criterio neopositivista, coextensivo al de la ciencia, ha producido la convicción de que la moral es algo íntimo y subjetivo, de estricta validez privada, abocada a decisiones racionalmente arbitrarias, carentes de fundamento racional. La preponderancia incuestionada de la razón científica instrumental condujo al confinamiento de la moral en el espacio íntimo, emotivo e irracional del individuo. María Zambrano habla del hombre moderno como «un hombre sabio y bárbaro porque el corazón le sigue rebelde, los instintos sin domar y la voluntad sin freno y por la incapacidad de actuar verdaderamente y de hallar comunicación efectiva».

«Entre nosotros» seguía elaborándose una ética ligada a puntos de vista y a una forma de pensar bastante diferentes de los modernos. El P. Chenu, especialista en el pensamiento medieval, reconoce que «quien abre un texto de la Escuela no puede evitar la impresión de entrar en un mundo extraño. Aunque la lengua latina le sea

familiar queda desconcertado por el atuendo utilizado, por la estructura de los razonamientos, por el desmenuzamiento de los textos, por la monotonía de las fórmulas, por los procedimientos constantes de división, subdivisión y distinción, así como por la impersonalidad desoladora del estilo». Los escolásticos se perdían en la niebla de sus especulaciones.

A esta situación desoladora se añadieron las críticas a la moral de los llamados por Ricoeur «maestros de la sospecha», Marx, Freud y Nietzsche. Mostraron cuánto de ideología, de ilusión y de inmoralidad hay en muchas teorías y comportamientos morales.

En la práctica los criterios de eficacia y claridad suplantaron a criterios sapienciales; la masificación, aspecto negativo de la socialización, ha producido un hombre masa que Ortega describe gráficamente como «señorito satisfecho». Criterios hedonistas pusieron de moda, en el mejor de los casos, la moral utilitarista, interpretada desde la miopía de una vida materialista e individualista.

La desorientación creció hasta lo inconmensurable. Esta situación de penuria despertó a los pensadores de su letargo. Era insuficiente una ética que se limitase a estudiar el lenguaje ético como hicieron insignes especialistas de la filosofía analítica. Y, urgidos por la necesidad, los filósofos han vuelto a poner a la ética en el sitio privilegiado que tuvo desde los albores del filosofar. Hoy la ética es «el tema de nuestro tiempo». Lévinas, el pensador ético más importante de nuestros días, dice que es «la filosofía primera», ésa a partir de la cual las demás reflexiones filosóficas adquieren sentido. «Es a partir del orden ético como las abstracciones metafísicas, esos sonajeros de nuestros juegos retóricos, adquieren una significación y una eficacia».

El sentido de lo humano como búsqueda del sentido de la vida —la gran cuestión metafísica— reside en sacudir éticamente al hombre para que se vea responsable ante los demás y, así, lo humano se instaure en nuestra convivencia. La humanidad del hombre tiene que dejar de ser considerada como algo extraño para los hombres. Si somos seres humanos la ética significa que el sustantivo encuentra su razón de ser en el adjetivo, que el ser se convierte en algo humano.

W. Jankélévitch, otro gran pensador ético, nos pone en guardia contra un optimismo ingenuo. La moral, para él, es «el primer problema de la filosofía». Comienza así su sugerente y difícil libro titulado *La paradoja de la moral*: «Aseguran en todas partes que la filosofía moral está en la actualidad bien considerada. Debemos acoger con cierta desconfianza este reconfortante ofrecimiento de una moral reverenciada por la opinión pública, sujeta a priori a garantías. En primer lugar podemos poner en duda que los cruzados de esta nueva cruzada sepan realmente de qué están hablando. En el seno de la filosofía, tan controvertible ya de por sí, tan ocupada en definirse y en asegurarse la propia existencia, la filosofía moral se presenta como el colmo de la ambigüedad y de lo inasible; es lo inasible de lo inasible».

Las cuestiones éticas no se hallan perfectamente delimitadas. Cuando se empieza a caminar por el difícil terreno de la ética lo más fácil es dar pasos en falso. Elementos trascendentes a lo moral, elementos metamorales o supermorales,

enmascaran lo genuinamente moral. Hay que discernir lo que hay de moral o no en ciertas experiencias que calificamos de morales. El genial Gastón Bachelard exhorta a psicoanalizar los conceptos, es decir, a despejar los diferentes intereses que constituyen en cierto modo su base afectiva, a destruir todo utilitarismo, por disfrazado que esté y por elevado que pretenda ser y mostrar el perfil epistemológico de cada conceptualización. Hay que despejar el terreno para el juego de la vida en el que tanto apostamos. «El misticismo moral» genera dilemas éticos muy difíciles de resolver. A ellos aludiré en la conclusión de este artículo. Para transitar por el laberinto de la ética se necesita no sólo un peculiar coraje sino también una cabeza despejada.

CORRIENTES ÉTICAS ACTUALES:

A la hora de bosquejar la actual coyuntura ética hay que constatar de entrada «un pluralismo ético»; reflejo del pluralismo cultural. La ética, disciplina incierta y perpleja, es terreno abonado para suscitar diferentes aproximaciones. Sin pretender agotar el rico espectro de las actuales reflexiones éticas elijo éstas como más significativas y enriquecedoras.

a) **ética de la fragilidad:** así llama Thiebaut a la ética aristotélica. Es sintomática la vuelta a Aristóteles a la hora de reflexionar sobre temas éticos. Aristóteles fue el primero que organizó el discurso moral, marca el origen de la teología moral. El privilegio del origen en los hechos humanos es, a la vez, el privilegio del sentido. «La reflexión ética tuvo después menos ocasiones de mostrar su osamenta» (Lledó).

Aristóteles elabora una ética distinta de la física y de la metafísica. Las conductas humanas responden a una compleja trama donde se entretienen la pasión, el deseo, la elección, la libertad, la capacidad de ser algo más que naturaleza, el azar o la suerte. La actividad ética brota de rincones de penumbra. La racionalidad ética debe recoger y reflejar esa vida interior; se alimenta de esas experiencias morales.

El bien es frágil; el ideal opera en la contingencia; los asuntos humanos son mutables; hay distintas formas de realizar el bien. La racionalidad ética es, según Aristóteles, una racionalidad prudencial, a medio camino entre el saber absoluto y la percepción caótica. «La prudencia aristotélica representa al mismo tiempo que la reserva, verecundia del saber, el azar y el resto de la acción humana. Es la primera y última palabra de este humanismo trágico que invita al hombre a querer todo lo posible, pero solamente lo posible y dejar el resto a los dioses» (P. Aubenque). La ética aristotélica es más una ética de modelos que de normas morales.

b) **ética hermenéutica:** se elabora desde la convicción de que la racionalidad de lo humano es distinta de la racionalidad científica. La hermenéutica reivindica la legitimidad de una experiencia «extrametódica» de la verdad; propone una racionalidad liberadora del humanismo maquinista.

El sentido de las vivencias humanas no procede del exterior sino que es percibido por el individuo que vive la experiencia que intenta comprender. La verdad como evento es respuesta a las preguntas que formula el sujeto.

Para captar la verdad se requiere simpatizar, identificarse con lo que se intenta comprender. Gadamer habla de «una fusión de horizontes» o de un «consenso sobre el asunto».

La razón prudencial aristotélica y la razón hermenéutica tienen muchos elementos en común. Con las sugerencias de la hermeneútica, «la koiné de la cultura de hoy» (Vattimo) se facilita el discernimiento moral, imprescindible en una vida moral adulta. La estimativa moral, «el buen gusto» de nuestros clásicos, son ejemplos del ejercicio interpretativo de la razón.

La hermeneútica asume las aportaciones de la sociología del conocimiento; es consciente de que interpreta desde los prejuicios o «a prioris» de nuestro conocimiento. Posibilita de esta manera una recta interpretación de la ética de situación.

Un elemento muy positivo es la insistencia de que el sujeto participa activamente en el juego de la comprensión. Se comprende la verdad moral que se vive. Sólo desde la connaturalización con el bien se es experto en cuestiones morales. Ser bueno importa más que saber en qué consiste la bondad.

c) **ética discursiva:** es un intento de superar el relativismo ético. Es la teoría ética de Habermas y Apel. Estos autores apelan a la razón; confían en la facultad del hombre para hallar los principios universales mínimos que fomenten la convivencia humana.

Esta teoría tiene un indiscutible aroma a Kant. Es una ética conscientemente formalista. Reformula el imperativo categórico kantiano: más que entender como válida aquella máxima que yo desee se convierta en ley universal lo que procede es someter mi máxima a los demás para que ellos decidan con razones si se acepta como ley universal.

La ética discursiva propone entender el imperativo moral como acuerdo general, lo que es bueno para todos. El punto de vista moral depende de la participación de todos los afectados y no de la reflexión solitaria.

Elemento innovador con respecto a Kant es ver en el lenguaje el rasgo más singular del ser humano. Por lo tanto debe ser la realidad lingüística, comunicativa, la realidad fundamental de la ética.

En el lenguaje está implícita la intersubjetividad. «Al lenguaje le es inherente el telos del entendimiento». Estamos hechos para entendernos en el doble sentido de llegar a acuerdos y de comprender al otro. La dimensión lingüística del ser humano posibilita una verdadera «competencia comunicativa». Todo diálogo que pretenda ser racional aspira a la comunidad comunicativa. La aspiración y el fin de la discusión racional es el consenso de los dialogantes. Todos tienen la misma competencia e idéntico poder y derecho para realizar los actos lingüísticos.